

Toni Bolaño

Extremo nordeste

La CUP: los últimos bolcheviques de Occidente



Toni Bolaño

Extremo nordeste

La CUP: los últimos bolcheviques de Occidente

ediciones península

© Toni Bolaño Gancedo, 2016

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril de 2016

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2016
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO SCP - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B-5.058-2016
ISBN: 978-84-9942-507-8

ÍNDICE

A modo de introducción	13
I. EL MOVIMIENTO DE LA IZQUIERDA INDEPENDENTISTA EN EL FRANQUISMO Y LOS ORÍGENES DE LA DEMOCRACIA	17
Un apunte	17
Desde el final de la guerra civil a los primeros años de la democracia	19
Las primeras elecciones democráticas: el desastre electoral	27
Terra Lliure, ¿punto de partida?	35
MDT y Endavant: la columna vertebral del movimiento independentista	51
Maulets, la importancia de la organización juvenil	59
El otro camino: Nacionalistes d'Esquerra y la izquierda tradicional	61

2. EL NACIMIENTO DE LA CUP	67
El ave fénix de la izquierda independentista	67
La travesía del desierto hasta 2003	72
La consolidación de un proyecto municipalista (2007-2011)	77
El salto a la política nacional (2012)	83
Un pie en el Parlamento (2012-2015)	88
¿Por qué Mas convoca las elecciones en 2012?	98
El triunfo de 2015	107
3. UNA NUEVA FORMULACIÓN DE LA LIBERACIÓN NACIONAL Y SOCIAL	123
Los antecedentes ideológicos de la CUP	123
El discurso de la izquierda independentista	130
La Cataluña oprimida	135
Las nuevas generaciones	139
¿Hijos del PSAN, del PSUC o de la CNT?	142
El espacio de ERC	151
El Comité Invisible	159
4. ESPEJISMO O PERMANENCIA DE LA CUP	165
La organización al servicio de la política	165
El debate inacabado: ¿partido o movimiento?	171
El concepto de militancia	178
La globalización y la UE	187
La política de comunicación	192

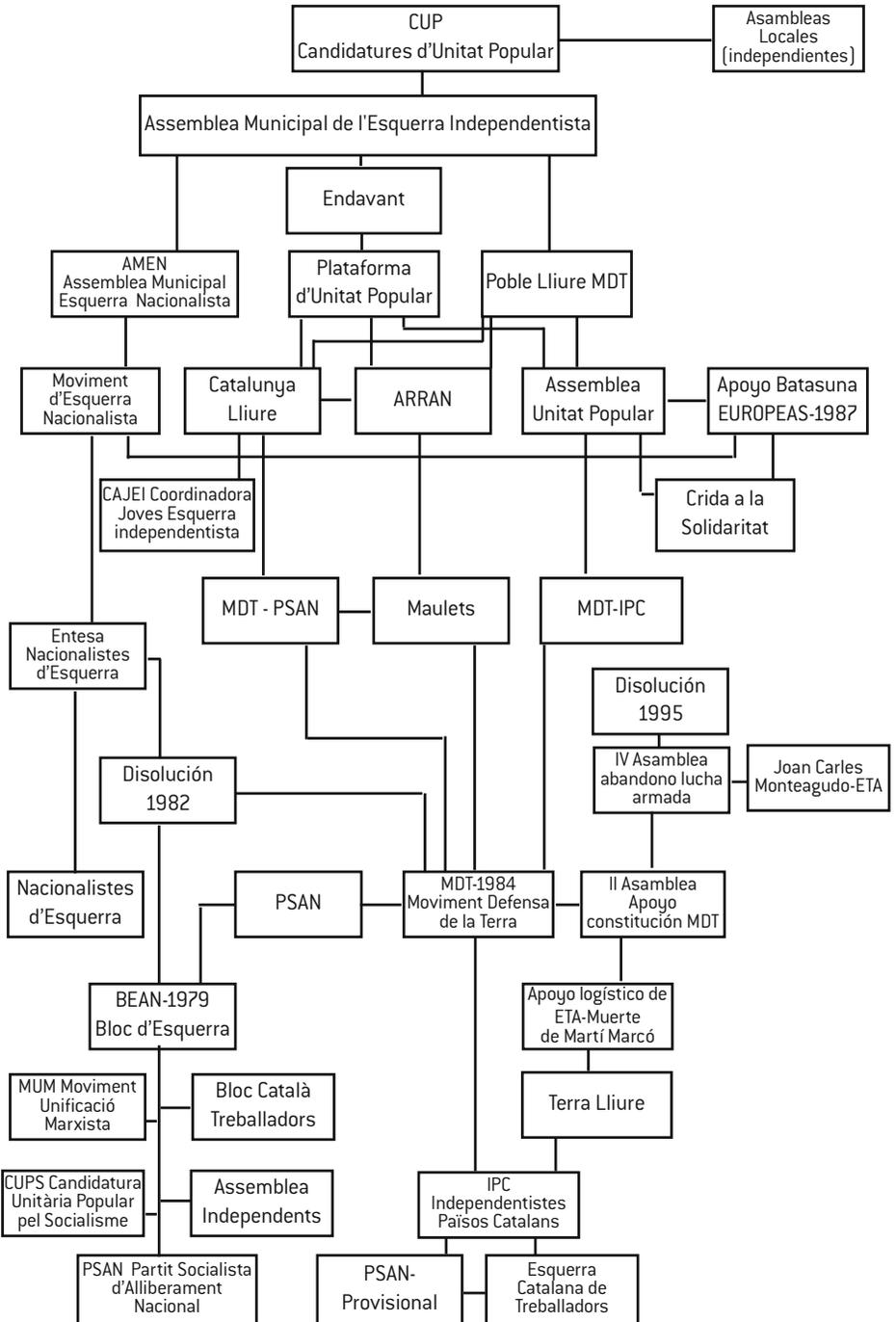
5. LA CUP, EPICENTRO DE LA POLÍTICA CATALANA	205
La declaración de independencia	205
Las negociaciones y las elecciones generales	212
Las tensiones internas y el #pressingCUP	218
La ruptura	227
El desenlace	233
La Operación Colau	244
La <i>Casa Gran del Catalanisme</i> , okupada	247
Agradecimientos	251
Bibliografía	253

EL MOVIMIENTO
DE LA IZQUIERDA INDEPENDENTISTA
EN EL FRANQUISMO
Y LOS ORÍGENES DE LA DEMOCRACIA

UN APUNTE

La génesis de la Candidatura de Unidad Popular tiene lugar cuarenta años antes de su fundación. En la década de 1960 surge el primer partido independentista en Cataluña que aboga por la ruptura de España, defiende un modelo socialista y, por tanto, lucha contra el capitalismo como forma de Estado. La CUP es heredera de esta tradición, aunque es algo más. Es heredera del movimiento independentista radical de los ochenta, de su independentismo vocacional y rupturista, pero también de la tradición de lucha social que inspiró el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) y del comunismo libertario, tiene una buena dosis de utopía que remite a los socialistas utópicos premarxistas —que tomaron forma con la Internacional Situacionista que se dio a conocer en el Mayo del 68 francés— y de las nuevas ideas revolucionarias que circulan en Europa bajo la firma del «Comité Invisible», y a los movimientos reivindicativos, que han calado

Árbol genealógico de la izquierda independentista



en la plural sociedad catalana, basados en la lucha por un cambio social anticapitalista, ligados a la cultura libertaria y nada interesados —hasta la aparición de la CUP— por la emancipación nacional del independentismo clásico.

En todo este proceso, hay diferencias y hay similitudes que fácilmente se pueden encontrar hoy en los documentos, las posiciones y las contradicciones que tiene este nuevo movimiento de la izquierda independentista que ha llegado a la política catalana, después de años de estar encerrado en el municipalismo, con voluntad de quedarse. No lo tendrá fácil. Sus postulados de hoy son diferentes de los de ayer, aunque tienen su perfume, y ambos se inspiran en un lenguaje revolucionario que viene del ayer pero que hoy queda superado por la práctica política en los municipios y por la incorporación de sectores sociales que poco, o nada, tienen que ver con el independentismo de épica nacionalista de los últimos setenta años. La CUP ya no quiere solo la independencia, quiere un cambio de sistema social, y para conseguirlo, lograr un Estado propio es solo la primera parada de su camino.

DESDE EL FINAL DE LA GUERRA CIVIL
A LOS PRIMEROS AÑOS DE LA DEMOCRACIA

El movimiento de la izquierda independentista tuvo escasa influencia en la sociedad catalana del franquismo. Solo Esquerra Republicana mantuvo actividad en el exilio dirigiendo el Gobierno de la Generalitat, pero no es hasta 1952 cuando Heribert Barrera vuelve a Cataluña para rehacer la organización en el interior. Otros grupos independentistas, situados al margen de ERC, estaban prácticamente desaparecidos. El partido del expresidente Francesc Macià, Estat Català, había quedado diezmado tras la contienda civil, y sus militantes se integraron

—aunque mantuvieron su personalidad— en el Front Nacional de Catalunya, creado en 1940.

El FNC tenía una rama militar que trataba de oponerse al ejército franquista. Varios de sus militantes trabajaron como espías para el ejército británico, el Gobierno de Polonia y la resistencia francesa, y confiaron en la ayuda de los aliados para derrocar al régimen fascista del general Franco. En 1943 sufrieron un duro golpe —*la caiguda dels 50* (la caída de los 50)— que dejó al partido en una situación de debilidad. En 1945, el FNC languidecía a causa de la actuación policial y apenas tuvo actividad excepto por su apoyo a la huelga de tranvías de Barcelona en 1951. La parálisis del FNC se evidenció cuando se integraron en 1945 en el Bloc Nacional Català (Bloque Nacional Catalán), impulsado por ERC en el exilio. Con Josep Irla en la Presidencia de la Generalitat se formó un nuevo Gobierno, y el FNC ni siquiera fue consultado. Toda una muestra de su debilidad y de su precariedad. Sus integrantes se sintieron menospreciados. Sus máximos dirigentes eran Antoni Andreu i Abelló —que fue secretario general de Estat Català al finalizar la guerra civil— y Joan Cornudella. Este último se fue alejando de la organización y en 1978 se integró en el Partit dels Socialistes de Catalunya-Reagrupament de Josep Pallach, siendo elegido diputado por el PSC en 1980. Otros militantes como Jaume Martínez Vendrell o Daniel Cardona siguieron auspiciando un grupo armado de autodefensa que dinamizase la lucha de masas y complementase las movilizaciones políticas antifranquistas, que cristalizó en la creación del Front d'Alliberament de Catalunya (Frente de Liberación de Cataluña) y posteriormente en el EPOCA, el Exèrcit Popular Català (Ejército Popular Catalán).

Las cuitas internas debilitaron aún más al FNC, que apenas contaba con unos centenares de militantes —las crónicas independentistas sitúan en 500 el número de militantes, lo

que es más que cuestionable— en la década de 1950. Los jóvenes que se iban sumando se alejaban de los planteamientos ideológicos del partido y se iban acercando a postulados marxistas-leninistas. Estas nuevas generaciones de jóvenes independentistas constituyeron estos grupos antes mencionados que intentaron desarrollar una actividad militar, también de cuestionable éxito. Ninguno de estos grupúsculos consiguió cuajar en la Cataluña franquista y muchos de sus militantes se integraron con el paso del tiempo en grupos de apoyo a Terra Lliure.

Estos jóvenes disidentes del FNC crearon en 1968 un partido independentista y revolucionario de inspiración comunista, marxista-leninista: el Partit Socialista d'Alliberament Nacional (PSAN), al albur del Mayo del 68. El nombre del partido no es baladí, porque recoge el concepto de «liberación nacional» utilizado por las organizaciones de todas aquellas naciones del mundo que reivindicaban su libertad frente a la opresión del Estado colonizador, defendiendo su derecho a la autodeterminación. De hecho, el PSAN se quiere ver reflejado en la revolución argelina. El nuevo partido está formado por jóvenes muy ideologizados procedentes de la universidad y del ámbito cultural. Carles Benítez, militante de Terra Lliure, justifica la aparición del PSAN como una respuesta a la construcción de «un tejido cultural, intelectual y asociativo que llevaría al estallido de la conciencia de Países Catalanes en los años setenta», todo un alarde conceptual que poco tiene que ver con la realidad de la época.

El partido establece como un hecho incuestionable en el imaginario del independentismo que Cataluña es una nación oprimida por un Estado, el español, a través de la «monarquía borbónica posfranquista dirigida por la oligarquía española» que coarta la libertad del pueblo y le impide acceder a su soberanía. La opresión nacional está ejercida también por el Es-

tado francés, hijo de la Revolución francesa, considerada una revolución burguesa «que representa una nueva ofensiva de desnacionalización y de colonización económica e irrupción de formas que favorecen la penetración del sistema capitalista, que se acelera a lo largo del siglo xx», según Carles Castellanos —fundador del PSAN—. Esta opresión nacional se completa con la opresión social que inflige al «pueblo catalán» el modelo capitalista de Estado.

Con estos criterios, el PSAN fija su objetivo en la consecución de un Estado socialista catalán y pretende concienciar a los catalanes de «la doble opresión, nacional y social», apuesta por la liberación nacional de los Países Catalanes —no solo de Cataluña— constituyendo células en la *Catalunya Nord*, la Cataluña del Norte, la zona del sur de Francia que hasta el tratado de los Pirineos formaba parte de Cataluña—1971—, Valencia —1974— y las Baleares —1976—. El nuevo partido, además de estos planteamientos de cara al futuro, mira al pasado y recupera la épica burguesa nacionalista de finales del siglo xix para justificar «el derecho de autodeterminación» de la nación catalana.

En estos primeros años de andadura, el movimiento independentista, lejos de consolidarse y expandirse, se resquebraja en luchas intestinas. Escisiones y disputas lo dividen en una multitud de grupúsculos, en más de una ocasión irreconciliables, que lo convierten en víctima de sí mismo. «El sectarismo es nuestro principal adversario», resume el actual diputado de la CUP, Albert Botran, en sus escritos. Su objetivo siempre ha sido liderar el cambio social y político y suplantarse a la burguesía y a la izquierda moderada, que se sometía a los principios capitalistas del Estado y contemporizaba con la ocupación nacional de los Estados francés y español. Para lograrlo, dos estrategias se han mantenido en constante enfrentamiento a lo largo de los años. Han sido sus semillas de la discordia. De

una parte, los que propugnaban como prioridad la liberación nacional que abriría las puertas a una revolución social que construyera un Estado socialista —y así, por definición, mejor—, y de otra, los que no entendían esta liberación nacional sin una liberación social. Es decir, primero la revolución y luego la independencia. Esta contradicción tiene un elemento sumatorio. Los que de una parte propugnaban un movimiento independentista bajo la dirección de un partido nacional fuerte, y los que de otra abogaban por ampliar la base de la izquierda radical con el asociacionismo civil y reivindicativo de convicción asamblearia.

Esta tónica de crisis permanente ha permanecido en el tiempo, se ha repetido constantemente y ha llegado a nuestros días. El éxito de la Candidatura de Unidad Popular (CUP), que entra con fuerza en los ayuntamientos en el año 2007, es aunar bajo su paraguas —es un movimiento y no un partido— a todas las sensibilidades del independentismo histórico abriendo sus puertas a organizaciones de izquierdas y a movimientos locales que se organizan en asociaciones de carácter reivindicativo, asociativo y cultural. Pero la disputa tradicional sigue estando ahí, aunque larvada, porque nunca ha sido superada y mantiene vivas las dos almas de la izquierda radical independentista.

Estas contradicciones son las que han aflorado en la CUP ante la investidura de Mas. O invertir a un presidente conservador que defiende el sistema capitalista, aunque sea la clave para conseguir la liberación nacional, o no investirlo para priorizar la revolución social que debe llevar a la liberación nacional. Dicho de otra manera, los partidarios de las reformas que marquen el camino hacia la independencia o los partidarios de la ruptura y la desobediencia ante las estructuras de un Estado opresor sustentado en una clase opresora, tanto española como catalana, para abrir el camino de la liberación nacional con la constitución de la República Catalana.

En 1973, el PSAN atraviesa una aguda crisis y se produce la primera escisión. Los sectores más radicales del partido, agrupados tras Carles Castellanos, Eva Serra o Agustí Alcoberro, crean el Partit Socialista d'Alliberament Nacional-Provisional (PSAN-P). En el PSAN se mantiene el grupo mayoritario, con Joan Josep Armet, Jordi Marsal, Isona Passola —actual presidenta de la Academia de Cine—, Casimir Boix o Josep-Lluís Carod-Rovira entre sus dirigentes. Alrededor de Carod-Rovira se constituye un grupo que se llamó años más tarde el «Clan de la Avellana», por ser todos sus miembros de las comarcas de Tarragona, cuando se integraron en Esquerra Republicana.

El PSAN mantiene su actividad política en la Asamblea Nacional Catalana —organización unitaria que agrupa a todos los sindicatos, organizaciones empresariales y partidos democráticos—, mientras que los escindidos la desaprueban. Este grupo de militantes más radicales abandona la organización acusando a sus compañeros de «seguidismo y acomodación pequeñoburguesa», acusación tradicional en el movimiento comunista que tiene sus orígenes en Karl Kautsky, líder socialista alemán, que fue calificado por Lenin como «oportunista» o «renegado». El PSAN-P incorpora a la izquierda independentista a militantes procedentes de las clases populares alejados de la teorización «universitaria e izquierdosa», según relata Carles Benítez en su libro *Terra Lliure: punto de partida*. El nombre de Provisional se añadió a PSAN tomando como referencia al IRA-Provisional, buscando la similitud de ambos movimientos independentistas, favorables a la actividad terrorista para doblegar al Estado o, en su lenguaje, favorables a la lucha armada. En marzo de 1975, el PSAN-P lanzó la consigna «Impulsar el movimiento, construir el partido», arrogándose la representación del pueblo y la dirección política del independentismo, lo que les alejó todavía más de su hermano gemelo, el PSAN.

El PSAN-P busca un enfrentamiento directo con el Estado —incluidas las armas— y aborda la independencia como un proceso de ruptura tras la muerte del dictador. Su biblia de cabecera fue *El fenómeno nacional*, escrito desde la cárcel por Carles Castellanos, uno de sus líderes, en 1974. Castellanos ha ido reeditando la publicación hasta nuestros días. El nuevo partido firma un acuerdo de colaboración con ETA, el MPAIAC —independentistas canarios— y con la Unión do Povo Galego. Según Albert Botran, actual diputado de la CUP y militante de Poble Lliure, «El PSAN-P fue concebido como un partido de combate, pequeño pero activo, que se dedicase a abrir otros frentes de lucha y no se centrase en el autogrecimiento como única finalidad».

Los «provis» acaban formando a finales de los setenta el primer embrión de Terra Lliure, y en paralelo a la constitución de esta organización terrorista, el PSAN-P funda Independentistes dels Països Catalans tras la fusión con la Organització Socialista dels Països Catalans (OSAN), un pequeño partido socialista que tenía su ámbito de actuación prioritario en la Cataluña francesa, y con antiguos integrantes de Comunistes Catalans Independents (CCI).

Exmilitantes del PSAN como Sixte Moral —que perteneció primero al Moviment Socialista de Catalunya y posteriormente al PSAN— recuerdan esos tiempos con una cierta añoranza. «Decían que éramos muchos, pero en Vilanova i la Geltrú apenas éramos una decena de militantes», afirma Moral, mientras acusa al PSAN-P de «vasquitis» y de ser una organización absolutamente cerrada y alejada de la sociedad. «Entre otras cosas —apunta—, éramos una organización de un cierto elitismo. Nunca vi a nadie que tuviera una extracción social vinculada al movimiento obrero.» Esta «vasquitis» lleva a una parte de este movimiento a mirarse en el espejo del movimiento vasco que se articula en el entorno de ETA, que apuesta por la acción terrorista contra el Estado, porque solo

«el pueblo armado es un pueblo respetado», recuerda que se planteaba en los años de la Transición, por parte del PSAN-Provisional y de Terra Lliure, Andreu Mayayo, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Barcelona.

Sixte Moral abandonó el movimiento independentista en 1981, después del fracaso del Bloc d'Esquerres d'Alliberament Nacional (BEAN), del que hablaremos en seguida, y fue alcalde de Vilanova i la Geltrú desde 1999 hasta 2005 por el Partit dels Socialistes de Catalunya. También fue diputado en el Congreso desde 2008 hasta 2010. El que fue dirigente socialista compara el funcionamiento del PSAN con el de la CUP. «El PSAN era estalinista puro —y se pregunta—: ¿Asambleas? —respondiéndose con sorna—: Ni de coña. [...] Era un partido muy cerrado. Por ejemplo, estaba totalmente prohibido ligar entre militantes y las decisiones las tomaba un núcleo dirigente muy ideologizado.»

La CUP es justo lo contrario. Tienen una fuerte ideología anclada en el marxismo-leninismo, ciertamente, pero es una organización implicada en la vida civil de los municipios, conserva ese carácter militante y cerrado pero con las puertas abiertas a las nuevas ideas que corren por Europa que incitan a una nueva revolución contra el sistema —el Comité Invisible, por ejemplo—. La CUP ya no es un grupo que aspira a la independencia, la CUP es un grupo que quiere la independencia para destruir la sociedad tal y como la conocemos. Para lograr esta máxima, la CUP quiere ampliar su base social con todo aquello que critica el sistema, aglutinada en movimientos reivindicativos que no quieren cambiar el sistema: quieren darle la vuelta como a un calcetín. No quieren esta democracia, no quieren este sistema de relaciones de producción y no quieren este Estado. La CUP es la alianza del marxismo y el comunismo libertario en pro de una nueva anarquía.

Las organizaciones que dan vida a la CUP se consolidaron en los pequeños municipios y ahora han irrumpido con fuerza

en el área metropolitana, aunque su incidencia todavía no es relevante en el área más poblada de Cataluña. La CUP, recordemos, solo tiene 382 concejales de los 9.077 que se eligen en toda Cataluña, y solo tiene presencia en 80 municipios de los más de los 900 ayuntamientos de Cataluña. Dicho esto, la CUP ha conseguido entrar en municipios como Hospitalet, Terrassa, Barcelona o Sabadell y ha alcanzado la alcaldía de Badalona, Ripollet o Cerdanyola del Vallès en coalición con otras formaciones de la izquierda radical.

Para Moral, el movimiento independentista de la época fue «incapaz de adaptarse a una sociedad en cambio y actuó de una forma sectaria, cosa superada por la CUP, que es un movimiento de masas más parecido a lo que en su momento fueron el PSC o el PSUC. [...] Su presencia en el movimiento asociativo es importante y han barrido a la izquierda tradicional. En las listas del PSC y de IC no es fácil ver reflejada la sociedad local; en la CUP, sí», afirma el todavía militante socialista.

Sin embargo, pone «un pero» a esta regla de actuación: «En el ámbito cultural, la izquierda independentista no jugó sectariamente. Ahí se hizo bien. Se sumaba y se estaba presente en el epicentro de la cultura antifranquista». No le falta razón. Cuarenta años más tarde, el ascenso del movimiento independentista se fragua en el seno de las entidades culturales, *casals* y ateneos, y en el ámbito más cercano al ciudadano: el municipio y los movimientos reivindicativos.

LAS PRIMERAS ELECCIONES DEMOCRÁTICAS: EL DESASTRE ELECTORAL

Los grupos de la izquierda independentista llegan a las primeras elecciones generales y autonómicas muy divididos y atomizados. Además del PSAN y del PSAN-P, la izquierda catalana

estaba sumamente dividida, y cuanto más a la izquierda en el espectro político, esa atomización más se agravaba, haciendo «del todo imposible una alternativa». En el mundo independentista no podía ser menor este fenómeno. Nada ajeno a la época. Fernando Jáuregui y Pedro Vega inmortalizaron esta ensalada de siglas de la izquierda situada más allá del PSOE y del PCE en *Crónica del antifranquismo 1939-1975*, todo un tratado de esta fragmentación. «Seguro que nos dejamos alguno, no tengo ninguna duda», reconoce Pedro Vega.

En 1977, ERC, dirigida por Heribert Barrera, todavía ilegalizada, se presenta en coalición con el Partit del Treball de Catalunya, de tendencia maoísta y también ilegal, dirigido por Joan Anton Sànchez Carreté, muy conocido por ser el asesor fiscal durante años de Jordi Pujol i Soley. La coalición obtiene 143.945 votos y un escaño que ocupa Heribert Barrera. Los militantes del PTC, muy decepcionados con el resultado y por lo que consideraban «menosprecio» por parte de Barrera, abandonan este proyecto. «Nosotros pegamos los carteles y ellos ocupan el escaño», decían con desazón miembros del PTC de la época.

En estas elecciones también se presenta la Candidatura de Unitat Popular pel Socialisme (CUPS), impulsada por el Moviment Comunista de Catalunya (MCC), la Liga Comunista Revolucionaria (LCR) y el Partido Carlista de Cataluña. La CUPS tuvo como cabeza de lista a Salvador Casanova, militante del PSAN. Los «provis» dieron apoyo a esta candidatura junto al Moviment d'Unificació Marxista, un colectivo que agrupaba a diferentes colectivos de ideología comunista e independentista, y también el propio PSAN. La CUPS congregó en su mitin final de campaña a más de 8.000 personas, lo que hizo prever un éxito electoral. No fue así. La coalición consiguió únicamente 12.040 votos. Por lo que parece, casi todos los votantes fueron al mitin final. En aque-

lla lista, por cierto, estaba una joven militante izquierdista —del MCC— llamada Gabriela Serra, que es hoy diputada de la CUP y una de las personas con más influencia creciente en la organización.

Dos años más tarde, ERC vuelve a presentarse a las elecciones, esta vez ya legalizada y sin el PTC, y aunque pierde votos —obtiene 123.452—, repite escaño para Barrera. En 1979, la izquierda independentista no se presenta a las elecciones con tal etiqueta, aunque concurren Unitat pel Socialisme, que cuenta con el apoyo del Partido del Trabajo —Manuel Gracia, su secretario general, era el cabeza de lista—, Moviment Comunista de Catalunya, Liga Comunista Revolucionaria y Organización Comunista de España-Bandera Roja. Consiguieron más de 33.000 votos, pero no obtuvieron representación. En ERC se produce un cisma tras las elecciones. La política desarrollada por Barrera no entusiasma en las bases tradicionales del partido, y en 1978 lo abandona Joan Cornudella, que llegó a ser secretario general de Estat Català y fundador del Front Nacional de Catalunya, para integrarse en el Partit dels Socialistes de Catalunya-Reagrupament de Josep Pallach. En 1980, Cornudella es elegido diputado en las listas del PSC. También abandona ERC en esta época Josep Andreu i Abelló, dirigente histórico del partido junto a su hermano Antoni, y se integra en el PSC.

En 1979, la izquierda comunista y los independentistas agrupan fuerzas en torno al BEAN, coalición electoral promovida por el PSAN junto con la Assemblea d'Independents y el Bloc Català de Treballadors, con Lluís Maria Xirinacs como cabeza de cartel. Xirinacs había sido elegido senador con la Entesa dels Catalans, candidatura promovida por toda la izquierda catalana en las elecciones generales de 1977. A esta coalición se unen también los Collectius Comunistes d'Alliberament Nacional, militantes del Partido del Trabajo

ahora disuelto, y otros grupúsculos que se agrupan bajo las siglas MUM (Moviment d'Unificació Marxista). Este grupo se unifica con otros colectivos —incluidos militantes del PSAN que abandonan la organización— para dar vida al Bloc Català de Treballadors.

El BEAN cosecha un estrepitoso fracaso en las elecciones de 1979. Consigue apenas 50.000 votos y se queda fuera del Congreso. A pesar del revés electoral, la coalición continúa y se presenta a las elecciones municipales, consiguiendo solamente dos alcaldías —Sant Pere de Ribes y Arbúcies— y un total de 19 regidores bajo las siglas de Bloc d'Esquerra Catalana (BEC; Bloque de la Izquierda Catalana). Desde este momento, Sant Pere y Arbúcies se convierten en referencia en el imaginario de la izquierda independentista. En muchos municipios, el BEC retira a sus candidatos y pide el voto para el PSC y el PSUC.

Las derrotas y los fracasos no hacen mella en el BEAN, que vuelve a presentarse también a las elecciones autonómicas de 1980. Sin embargo, la precariedad de medios, las improvisaciones «y la ausencia de una tradición ideológica», como apunta Sixte Moral, no auguraban nada bueno. «Poco se podía esperar de una candidatura que se conformó en torno a la mesa de un restaurante chino —comenta el exdirigente independentista—. En fin, era lo que había en ese momento, pero estaba claro que el BEAN no era una plataforma, era un invento.»

En los meses previos a esta contienda surge una nueva coalición electoral de la izquierda nacionalista: Nacionalistes d'Esquerra. Este nuevo partido tiene su origen en el Grup d'Independents Nacionalistes i d'Esquerra, creado por, entre otros, Miquel Sellarès, Max Cahner, Josep Maria Espinàs, Marc Palmés —defensor de Puig Antich, asesinado en los últimos estertores del franquismo a garrote vil— y Jordi Carbonell, que se constituyó para apoyar, junto con socialistas y co-

munistas del PSUC, la candidatura al Senado de Josep Benet en las generales de 1979.

Nacionalistes d'Esquerra celebra su asamblea fundacional recogiendo en su programa «la ruptura con el sistema reformista de la Transición española», «constituir un movimiento de base», «afirmar el derecho de autodeterminación y soberanía de Cataluña en el marco de los Países Catalanes» y «solidaridad con todos los pueblos que luchan por su liberación». Estos postulados tienen un parecido inequívoco con los actuales planteamientos de la CUP.

Al grupo se suma una nueva escisión del PSAN —Josep Huguet, consejero de Industria, Comercio y Turismo por ERC en el Gobierno presidido por José Montilla, era su máximo representante— y también lo hacen algunos militantes del desarbolado Front Nacional, parte del Bloc Català de Treballadors encabezada por Josep-Lluís Carod-Rovira —años más tarde presidente de ERC, *conseller en cap* y vicepresidente de la Generalitat— y algunos independientes como Lluís Llach, Armand de Fluvià o Avel·lí Artís-Gener *Tisner*.

Al contrario que el BEAN, Nacionalistes d'Esquerra amplía la base del partido. No solo se integraban marxistas, comunistas e independentistas, NE abre su espacio a las organizaciones ecologistas y verdes que empezaban a vislumbrarse en el espectro de la izquierda catalana, española y europea. «Nacionalistes modula su discurso en un proyecto trabajado y pensado. El BEAN era una cosa descerebrada», analiza Sixte Moral. Hoy, el ecologismo es un punto central de la estrategia y del programa de la izquierda independentista.

El acuerdo entre el BEAN —que el PSAN ya ha abandonado, y algunos de sus miembros se integran en Nacionalistes d'Esquerra— y Nacionalistes d'Esquerra se hace imposible y concurren por separado a las autonómicas de 1980 debido a las diferencias insalvables entre ambos proyectos. Además,

las elecciones se afrontaban con la hostilidad manifiesta de los restos del Front Nacional y el propio PSAN. En apenas un año, las escisiones y los abandonos se multiplican hasta la extenuación. Por ejemplo, el MUM abandona el BEAN y una buena parte de sus militantes se integra en Nacionalistes d'Esquerra. Así, Carod-Rovira fue el cabeza de lista de esta organización en Tarragona. Con la fuerte división interna y externa, los resultados electorales, como era de esperar, fueron calamitosos. Nacionalistes d'Esquerra logra 44.798 votos y el BEAN 14.077. En esa contienda electoral, ERC —situada en la izquierda liberal que no incluye en su programa la independencia— consigue 14 diputados y 240.871 votos, que se convierten en claves para dar la investidura de la presidencia de la Generalitat a Jordi Pujol.

«Si Nacionalistes d'Esquerra hubiera conseguido representación, la vida política en Cataluña hubiera ido por otros derroteros», explica Sixte Moral. «La izquierda estaba totalmente dividida, sumida en un proceso de escisión permanente, dirigida por grupos muy ideologizados pero incapaces de ser prácticos y de establecer alianzas —apunta el exmilitante independentista—. Además —añade—, no existía un liderazgo claro, lo que nos sumía en una bronca permanente personal y política. Esperábamos al mesías», comenta con ironía, pero este liderazgo no llegó, lo que sumió en el conflicto a la formación. Este mesías era Max Cahner. Sin embargo, Cahner jamás dio ese paso. Es más, años más tarde fue consejero de Cultura en el Gobierno de Jordi Pujol. Parecía que el movimiento independentista de carácter izquierdista había llegado a su final con sus militantes en diáspora, pero no fue así: «El independentismo vuelve a reactivarse en serio cuando los cuadros de Nacionalistes d'Esquerra y de la izquierda independentista se integran en Esquerra. Con Carod-Rovira se inicia otro rumbo».